

A person with blonde hair, seen from behind, is walking away on a path covered in fallen leaves in a forest. They are wearing a bright yellow raincoat, a dark patterned skirt, and yellow rubber boots. The forest has many thin trees and a misty atmosphere. The title 'BLUE JEANS' is written in large, black, brush-stroke style letters across the top and middle of the image. A red horizontal band with the text 'EL CAMPAMENTO' in white is positioned between the words 'BLUE' and 'JEANS'.

BLUE

★ EL CAMPAMENTO ★

JEANS

Blue Jeans

El campamento

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Francisco de Paula Fernández, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

Depósito legal: B. 3.648-2021

ISBN: 978-84-08-24066-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

SAÚL

Viernes, 19 de julio de 2019. Octavo día en el campamento

—¿Dónde están Martín y Gema?

Nadie responde a la pregunta de Saúl. Algunas veces piensa que es invisible a pesar de medir casi un metro noventa.

—¿Me habéis oído?

—Sí, pesado. Te hemos oído perfectamente —responde Natalia tras soltar un resoplido. No aguanta a ese tío desde el primer momento—. Estarán por ahí, detrás de algún arbusto, dando rienda suelta a su amor.

—¿Están liados?

—¿De verdad, Saúl? —dice la chica sorprendida—. ¿Llevamos una semana aquí y todavía no te has enterado? ¡En qué mundo vives!

—De momento, en el mismo que tú.

Aunque a veces desearía volver a su casa, a sus entrenamientos, y alejarse de alguna de esas personas tan prepotentes y egocéntricas. Cuando recibió aquella invitación debió quemarla y tirar las cenizas a la basura. Pero necesitaba ese descanso.

—Me di cuenta de que esos dos estaban juntos a los diez minutos de llegar —comenta un chico con gafas sen-

tado en un sillón rojo, sin apartar la mirada de las páginas de un libro bastante grueso.

—No es un secreto de Estado, Luis. Creo que todos nos dimos cuenta desde el principio de que Martín y Gema son pareja.

—Este no lo sabía.

—Porque paso de meterme en la vida de nadie —replica molesto Saúl mientras abre el frigorífico y coge un bote lleno de agua que lleva su nombre.

—Ningún líder que se precie debe ignorar lo que ocurre a su alrededor.

—No me va la prensa rosa. No estoy aquí para juzgar a los demás ni para inmiscuirme en lo que hacen.

—¿Y para qué estás aquí, cariño?

La pregunta que le hace Natalia ya se la ha planteado muchas veces a sí mismo. ¿Por dinero? ¿Para vivir la experiencia? ¿Para aprender? No, es mucho más complejo que todo eso. Aislarse en un sitio como aquel era una gran idea. Sin móviles, sin ordenadores. Sin redes sociales ni contacto con el exterior durante tres semanas. Lo que no imaginaba era que tendría que compartir ese espacio con algunos capullos a los que no traga. Natalia y Luis entre ellos.

—Me voy a correr. Volveré para la cena —dice el joven atleta, que no tiene ganas de responder a la pregunta que le ha hecho su compañera.

Ni Natalia ni Luis vuelven a hablarle. Ni siquiera se fijan en él cuando se marcha. Saúl tampoco insiste. Esos dos no son sus amigos, ni lo serán en el futuro. Ellos por un lado y él por otro.

El joven deja atrás la que llaman «casa principal», en la que se encuentran la sala de estar, la mesa en la que comen y la cocina americana, con todo tipo de comodida-

des. Es donde se suelen reunir y hacen vida de grupo. Corre por el camino de los bungalós a buen ritmo. Hace calor, debe de haber más de treinta grados. No esperaba temperaturas tan altas en plena montaña, pero, desde que llegaron, muchos días han sido así. Por las noches, en cambio, refresca bastante.

—¿Dónde está ese campamento?

—En los Pirineos. En mitad de la nada.

—Vaya, qué lejos. ¿Y dices que no podremos hablar en tres semanas?

—Así es. No nos dejarán tener encendidos los móviles ni ningún tipo de dispositivo electrónico. Es una condición que nos han puesto para asistir.

Su novia no lo entendía y tampoco le parecía bien, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Él ya había tomado la decisión de ir. En aquel lugar desconectaría y tendría tiempo para pensar y aclarar sus ideas.

Saúl disminuye el ritmo al llegar al campo de tiro con arco. Alza la mirada y ve a Eva, que apunta a la diana que se encuentra justo en el medio. Dispara, y la flecha se clava en uno de los anillos rojos, muy cerca del amarillo.

—¡Buen tiro! —exclama el joven, que se dirige trotando hacia la chica.

—Gracias. No ha estado mal, aunque podría haber sido mucho mejor.

—Te has quedado cerca del centro.

—No me vale. Tú eres deportista. Sabes que no hay que conformarse con quedarse cerca del objetivo. Hay que ser certero y exigente con uno mismo.

Tiene razón. Él no es precisamente una persona conformista. Por eso es el mejor atleta de su generación. Nadie había conseguido saltar tan alto el listón con veintidós años.

—¿Quieres probar? —le pregunta Eva ofreciéndole el arco—. Es para chicas, no te pesará demasiado.

—No, gracias. No quiero ser infiel a mi pértiga.

Eva sonríe y asiente con la cabeza. Deja el arco en el suelo y estira los brazos hacia delante, entrelazando los dedos. Saúl la observa con atención antes de reanudar la marcha. Es una joven morena, con el pelo por debajo de los hombros, muy liso. Tiene los ojos grandes y celestes y la piel muy blanca. Mide unos veinte centímetros menos que él. De sus nueve compañeros, es la que mejor le cae. Incluso le atrae. De hecho, si no tuviera novia, tal vez intentaría algo. Pero no le será infiel a Sara. Jamás lo haría.

—¿Qué tal soportas esto? Llevamos ya una semana aquí metidos. ¿No te agobias?

—A veces —responde Saúl, que también se pone a estirar viendo que la charla puede alargarse—. Estoy acostumbrado a mi rutina, y cambiarla me está costando un poco.

—¿Solo se trata de eso?

—Bueno. La adaptación tampoco ha sido tan rápida como imaginaba.

—Tranquilo. Puedes decir con claridad que los otros son unos gilipollas. Mientras no me incluyas a mí.

La sonora carcajada de Eva sorprende a Saúl. Es la primera vez que la ve reírse de esa manera. La considera una chica bastante seria, aunque le gusta su forma de sonreír, abriendo mucho los ojos y arrugando la nariz.

—No te incluyo. Del resto, prefiero no pronunciarme.

—Hay de todo. Lucía me parece maja y Jorge también

—reconoce la chica, que sigue sonriendo—. A ti te tolero bastante. No te preocupes.

—Vaya, gracias. Eres muy amable.

—De nada, hombre. Aunque desde que te vi tengo la sensación de que escondes algo.

—¿Que escondo algo? ¿A qué te refieres?

La actriz se queda pensativa unos segundos y luego flexiona el cuerpo para tocar con las manos la punta de los zapatos. Saúl, inquieto, traga saliva y espera una respuesta.

—He observado que de vez en cuando te quedas mirando a ninguna parte, como si le dieras vueltas a algo que te preocupa —continúa diciendo Eva—. Te he pillado así varias veces esta semana.

—Puede ser. Aunque no hay nada concreto por lo que haga eso.

—¿Seguro? ¡No me engañes, que me doy cuenta rápidamente de quién no dice la verdad!

Saúl no sabe qué responderle. Está desconcertado. En realidad, ella tiene razón. Pero ¿hasta dónde puede contarle?

—Es un tema complicado del que intento olvidarme en el campamento.

—No hace falta que me digas nada. Respeto tu intimidad —señala Eva incorporándose—. Todos tenemos una vida fuera de aquí. No todo es tan bonito como lo pintamos. Ser una persona influyente, querida o referencial no significa que no cometamos errores o no tengamos ataques de conciencia. Aunque intentemos que los que nos siguen no lo perciban. Para ellos, somos seres perfectos.

En ese instante, un helicóptero amarillo sobrevuela el cielo, por encima de sus cabezas. Los dos lo siguen con la mirada durante unos segundos, hasta que desaparece de su campo de visión.

—¿Y esto? ¿Qué hace aquí?

—No lo sé. Será de vigilancia o de algún equipo de rescate —responde Eva también algo confusa—. A lo mejor buscan a alguien que se ha perdido en la montaña.

—Puede ser. Aunque es raro. No había visto ninguno hasta ahora.

—Seguro que hay una explicación lógica. Como para todo. Bueno, me voy. Te veo en la cena. ¡Y no te agobies mucho!

La joven se agacha y recoge del suelo el arco y las flechas que no ha lanzado. Sin decir nada más, camina hasta la diana que está en el medio. Saca la flecha del anillo rojo y se gira para despedirse de Saúl alzando la mano, sonriente.

El atleta percibe que una inesperada ráfaga de viento le golpea el rostro. De repente, siente frío y se le hielan los huesos. Contempla como Eva se aleja, a la vez que sus recuerdos regresan a aquel instante. A la fatídica noche del 16 de febrero de ese mismo año, cuando todo cambió.

—Diré que he sido yo.

—¿Qué? ¡No puedes hacer eso!

—Por supuesto que puedo.

—No lo permitiré.

—¡Deja de hacer el tonto! Tienes una carrera y un gran futuro por delante, Saúl. Hemos trabajado mucho como para que ahora todo se vaya a la mierda —le recuerda su entrenador nervioso.

—Pero el culpable soy yo.

—Tú no has hecho nada. Ni ella ni tú. ¿Entendéis?

Sara mira fijamente al hombre que les está hablando. Asiente con la cabeza y acaricia el pelo de Saúl mientras le susurra al oído:

—Tiene razón, cariño. Si decimos que has sido tú, echarás a perder tu carrera. La prensa no te dejará en paz y las redes sociales se llenarán de opiniones de todo tipo. Es muy duro lo que ha sucedido, pero esta es la mejor solución.

—No es la mejor solución.

—Sí, lo es. Y no se hable más —insiste el entrenador con firmeza.

El joven continúa negando con la cabeza. No puede creer que aquello le esté pasando de verdad. Hace unas horas era un joven feliz. Exitoso. La sensación del momento. Solo han transcurrido seis días desde que batió su marca personal en ese mitin televisado. Nunca había saltado el listón colocado a esa altura. ¡Récord nacional! Los medios de comunicación lo entrevistaban continuamente y sus seguidores en Twitter e Instagram se multiplicaron por diez. Había nacido una estrella.

Y, de pronto, aquel hombre muerto. Le había golpeado tantas veces la cabeza que apenas se distinguían sus rasgos. Debía asumir las consecuencias.

Besa a Sara en los labios y después le da una palmada en el hombro a su entrenador. Le conmueve que haya querido sacrificarse por él, pero no va a consentirlo.

—No, confesaré a la policía. Lo he matado y tengo que pagar por ello.

CAPÍTULO 2

LUCÍA

Viernes, 12 de julio de 2019. Primer día en el campamento

Su sueño es irse a vivir a Estados Unidos. No está muy segura de si elegiría Nueva York, Miami o Los Ángeles. A lo mejor Chicago, que le gustó mucho cuando estuvo de visita el verano anterior. En cualquier caso, su destino está al otro lado del mundo.

Lucía entra en su bungalow arrastrando con cierta dificultad una enorme maleta rosa fucsia. Posiblemente sea la que lleva más ropa de los diez jóvenes que han sido invitados al campamento. Normal, se dedica a eso. A sus veintidós años recién cumplidos ya tiene hasta su propia marca: Lucy Cristal. Así es como se hace llamar en Internet y es el nombre con el que ha triunfado en las diferentes redes sociales. Incluso en TikTok, donde solo lleva unos meses, cuenta ya con más de un millón de seguidores. Sin duda, se ha convertido en una de las *influencers* más importantes del país. Por eso está allí. Pero no se conforma.

¿Le da tiempo a colocarlo todo en el armario? No le apetece. Además, han quedado en veinte minutos en la casa principal. Se echa la mano al bolsillo trasero del *short* para sacar el móvil y se percata de que ya no lo lleva encima. Se lo ha entregado a ese chico tan guapo, justo des-

pués de bajar del autobús en el que han viajado hasta aquel lugar perdido de la mano de Dios, aunque el último kilómetro lo han hecho a pie. Serán tres semanas sin su gran compañero de vida. ¿Lo soportará?

—Tía, ¡que vas a estar veintiún días sin teléfono! ¡Qué horror!

—No lo soportarás.

—Claro que sí. Aguantaré. No hay problema.

—¿Tú? ¡Pero si no puedes estar más de treinta segundos sin mirar Insta!

—Vas a terminar mordiendo los árboles de lo nerviosa que te pondrás.

Las ridículas risas de sus dos mejores amigas, también *influencers*, le molestan. Llevan en ese plan desde que les habló de la carta que había recibido. Estúpidas. Lo que pasa es que tienen envidia porque solo la han invitado a ella.

Solo a ella.

Lucía se quita la ropa y se tumba en la cama antes de cambiarse. El colchón es de los duros, como le gustan. Sonríe y cierra los ojos. Piensa en el resto de los jóvenes que han venido con ella en el autobús. Ha reconocido a varios. Estaba el tío ese que se ha hecho tan famoso por batir no sé qué récord de salto de pértiga y que últimamente sale tanto en la tele. Es mono, aunque no es su tipo. También ha creído reconocer a la actriz Eva Moliner, al cantante Jorge Salcedo y al *gamer* Alexis García. ¡Y a Natalia Ruiz! Otra *influencer*, la única del grupo que tiene más seguidoras que ella en las redes sociales. Las dos se han

sentado juntas en los asientos delanteros de la fila derecha del bus. Nunca se han llevado del todo bien, pero la respeta. De momento. Al resto de los chicos no los ha visto en su vida ni tiene idea de quiénes son.

Un gran sopor la invade y no tarda en quedarse dormida. No está acostumbrada a madrugar ni tampoco ha dado una cabezada en el autobús. Tal vez por los nervios. Se despierta cuando llaman a la puerta. La chica se sobresalta y se incorpora de la cama de un brinco. Se percata de que solo lleva la ropa interior y, rápidamente, se pone el primer vestido que ve en la maleta. Uno floreado rojo y blanco, bastante cortito, que necesita un buen planchado. Pero ahora no hay tiempo para eso. Vuelven a llamar. Se peina con las manos, alisando al máximo su larga melena castaña, y se apresura a abrir. El que encuentra al otro lado es el tipo guapo que se ha quedado con su teléfono al bajar del autobús. No debe de tener más de treinta años, quizá alguno menos, y cree recordar que se llama Martín.

—Hola, te estamos esperando —dice el joven, que esboza una sonrisa que Lucía no sabe cómo interpretar. ¿Está tenso o es su expresión habitual?

—¿Ya han pasado veinte minutos?

—Treinta. Todos tus compañeros están esperándonos en la casa.

La chica examina su reloj de pulsera y comprueba sorprendida que son las dos y veinte. Es verdad, llega tarde.

—Perdona, me he tumbado en la cama y me he dormido. Estaba cansada del viaje.

—No pasa nada. Pero aquí la puntualidad es muy importante. Por eso hemos permitido que os quedéis con los relojes.

—Lo siento. Me pongo los zapatos y voy. Es solo un minuto.

—Bien. Te espero fuera.

Martín no ha sonado demasiado amable, aunque no le ha molestado el tono que ha empleado. Parece que su función es coordinar al grupo de invitados. Y ella se ha retrasado nada más llegar. No es que se sienta culpable por haberse dormido y hacer esperar al resto, pero no le gustaría causar mala impresión a la primera de cambio. La imagen es muy importante.

Elige rápidamente uno de los seis pares de zapatos que se ha llevado. Se calza unas deportivas blancas con filos rojos, a juego con el vestido, y sale del bungaló.

—Ya estoy. ¿Nos vamos?

El joven asiente con la cabeza y, juntos, se dirigen hacia la casa, en la que esperan los demás. Es un camino de piedrecitas, con los bungalós impares a la izquierda y los pares a la derecha. Ella se aloja en el número 3, que se llama Villa Mercedes. Cada una de las habitaciones tiene un nombre de mujer.

—¿De quién fue la idea de construir esto aquí?

—Del jefe. ¿De quién, si no?

—¿Del señor Godoy?

—Sí. En principio, esto iba a ser una especie de resort en mitad de la naturaleza, un refugio en la montaña para la gente que necesitara desconectar. Pero los planes no terminaron de salir bien. Asuntos de licencias y esas cosas en las que yo no entro ni salgo. Así que se quedó todo parado durante un tiempo. Hace un año más o menos decidió reformarlo para este proyecto.

—Es una pasada.

—Luego os lo enseñaremos todo con detenimiento. Disponemos hasta de un campo de tiro con arco, pistas de pádel y de tenis y un picadero con caballos.

—¿Hay caballos?

—Dos. Cleopatra es la yegua y Napoleón es el macho. Los podréis montar estos días. El señor Godoy los quiere como si fueran sus hijos.

—¿Él no ha tenido hijos?

—No, ni se ha casado. Siempre ha estado solo. Se podría decir que vosotros vais a ser lo más parecido a unos hijos que el señor Godoy va a tener —comenta Martín con esa sonrisa que a la chica ya le va resultando familiar—. Pero no le hagas ese tipo de preguntas en la charla que vais a tener ahora. Es un hombre bastante discreto y muy celoso de su vida privada.

—¿Estará él?

—Por supuesto. No se podía perder la inauguración de su campamento. Estaba deseando conoceros en persona.

—Entonces nada de preguntas indiscretas.

—Es lo mejor. Si quieres caerle bien.

No les da tiempo a hablar nada más porque llegan a la casa. El joven abre la puerta y pasa en primer lugar. Lucía entra detrás algo nerviosa. Todos se giran a mirar a la recién llegada. Natalia Ruiz la llama para que se siente a su lado; le ha reservado un hueco en uno de los sofás.

—¿Estás bien? —le pregunta en voz baja.

—Sí, me he quedado dormida. Gracias por guardarme el sitio.

Lucía echa un vistazo a su alrededor. Están en un amplio salón que cuenta con una cocina americana adjunta, también bastante grande y que parece ser de última generación. Los han colocado en forma de U en torno a una pantalla situada en una de las paredes. Hay un sofá de tres plazas, dos de dos —uno lo ocupan ella y Natalia— y tres sillas en las que se sientan el *gamery* dos de los chicos que no conoce. Martín se ha quedado de pie, junto a una joven que debe de

tener más o menos la misma edad. Es ella la que toma la palabra:

—Bienvenidos. Mi nombre es Gema Lago y soy una de las coordinadoras del primer Campamento Godoy. Durante las próximas tres semanas os acompañaré en esta experiencia, que espero que sea inolvidable para cada uno de vosotros.

La chica hace una pausa y mira a su compañero, invitándole a que se dirija al grupo. Este tose para aclararse la voz y comienza a hablar:

—Yo soy Martín Díaz, el otro coordinador del Campamento Godoy. Cualquiera cosa que necesitéis me la podéis pedir a mí o a Gema. Estamos aquí para haceros la estancia lo más agradable posible, aunque también os exigiremos responsabilidades, cierta disciplina y puntualidad.

Martín centra su mirada en Lucía, que se pone colorada cuando todos se giran hacia ella. ¡No piensa volver a llegar tarde ni una sola vez más!

—Está bueno —le susurra Natalia al oído—. Me lo voy a tirar.

—¿Qué dices?

—Eso. Que me lo quiero follar.

Lucía enarca una ceja y prefiere no opinar. ¿Esa chica no tiene pareja? Creyó ver en sus redes sociales que salía con un tío también dedicado al mundo de los *influencers*.

—Nosotros solo somos dos piezas de este gran proyecto —continúa diciendo Martín—. Los verdaderos protagonistas sois vosotros diez y el señor que se ha encargado de elegiros. Chicas, chicos, os presento al inigualable Fernando Godoy.

La mayoría de los jóvenes aplauden cuando ven que lo hacen Martín y Gema. Por una puerta trasera, de la que Lucía no se había percatado hasta ese instante, aparece un

hombre que debe de rondar los setenta años y el metro ochenta de altura. Camina erguido, con pasos cortos y firmes. Lleva un traje azul marino y camisa blanca, a pesar del calor. Su abundante cabello canoso lo ha recogido en una coleta.

—Buenas tardes, chicos. Bienvenidos al Campamento Godoy —les saluda el hombre alegremente mientras se fija con atención en su audiencia—. Parecíaís más guapos en las fotos que he visto de vosotros. ¿Tenéis maquilladores a vuestro cargo o simplemente era Photoshop?

El grupo ríe al escuchar la broma de su singular anfitrión. Godoy se sienta en una silla que le ofrece Martín y le pide a Gema que se dirija hasta una mesa plegable sobre la que hay un ordenador.

—Soy muy mayor y se me seca la boca cuando hablo mucho. Debe de ser consecuencia de esta maldita dentadura postiza. Por eso os he preparado un vídeo en el que os explico qué hacéis aquí y cómo funciona todo esto. Perdonad el poco estilo que tengo delante de la cámara: no soy actor ni *youtuber*, aunque voy aprendiendo algo. Gemita, dale al *play*, por favor.

La chica asiente y obedece la orden de su jefe. En la pantalla, preparada para la ocasión, enseguida aparece el propio Fernando Godoy mirando al frente, con el mismo traje que lleva ahora.

—Hola a todos. Soy Fernando Godoy, el sexto hombre más rico del país según la última lista publicada por Forbes. No es que quiera presumir de ello. No soy nada vanidoso. Solo es un frío dato. También estoy entre los veinte hombres más atractivos del mundo con más de setenta años... Pero eso no lo pone en ninguna parte. Salta a la vista.

Godoy esboza una sonrisilla, tanto en el vídeo como en el salón, delante de los chicos, que también sonríen.

—Como veis, soy un abuelo con mucho sentido del humor —continúa diciendo en la proyección, después de hacer una breve pausa—. Pero esto es algo muy serio. El proyecto que vamos a llevar a cabo os puede cambiar la vida. Sí, estoy seguro de que este campamento marcará un antes y un después para algunos de vosotros.